



Carta de Navidad 2015 del Abad General OCist

## Misericordiosos como el Padre

Roma, 8 de diciembre de 2015  
Solemnidad de la Inmaculada

¡Queridos todos!

Os escribo esta carta de Navidad precisamente mientras comienza el Jubileo de la Misericordia, y me uno a cada uno de vosotros y, junto con vosotros, al Papa y a toda la Iglesia, con el deseo de vivir intensamente este “año de gracia del Señor” (Lc 4,19).

### Experiencia de la gracia en la unidad

San Bernardo escribe en un Sermón: “Todos nosotros nos lamentamos de que nos falta la gracia; pero sería quizá más justo que la gracia se lamentase de que nosotros la faltamos” (*De diversis*, 17,1). Sí, frecuentemente faltamos a la gracia porque no la acogemos, no nos dejamos llenar por ella. Y tratamos la gracia como si fuese un tesoro que Dios custodia celosamente y lo concede solo con cuentagotas, si lo merecemos. Pero en la Biblia la gracia coincide con la misericordia, y en Cristo nos ha sido revelado y demostrado que el deseo de Dios es derramarla sobre nosotros como “un río de agua viva” con el don del Espíritu Santo (cfr. Jn 7,38-39).

Vuelvo a pensar, con un agradecimiento siempre vivo, en la experiencia que con todos los superiores de la Orden hemos tenido durante el último Capítulo General. Hemos percibido en nosotros y entre nosotros una unidad y un deseo de comunión que superaban nuestras capacidades y nuestras intenciones. Comprendo que si el Señor ha hecho posible tal experiencia en aquellos días y en aquella ocasión es porque desea continuar esta obra de gracia entre nosotros y a través de nosotros. Ahora somos responsables de no faltar a esta gracia, de dejarla correr a través de toda la Orden y hacerla llegar a todas las personas y situaciones que Dios nos confía.

Pero para no vivir este sentimiento y esta responsabilidad de un modo vago, es bueno que nos preguntemos: ¿De qué modo durante el Capítulo nos hemos dado cuenta de vivir un momento particular de gracia? ¿Qué nos ha sorprendido y alegrado en aquellos días? Ciertamente no la situación de nuestras comunidades, siempre más frágil y precaria en la mayoría de ellas, situadas cada vez más ante dificultades más pesadas. Creo que lo que verdaderamente nos ha sorprendido y alegrado a los miembros del Capítulo General ha sido precisamente la gracia de la unidad. Hemos tenido experiencia de una comunión fraterna más profunda que nuestras diferencias y más grande que nuestros esfuerzos. Sentíamos la presencia del Señor en medio de nosotros, que nos daba su Espíritu, su caridad, su misericordia. Y esta experiencia nos daba alegría, paz y fuerza para continuar el camino juntos y con confianza.

### **El carisma es la comunión**

Solemos reducir la comprensión del carisma de una familia religiosa a lo que se hace o se debería hacer, o al modo como se vive o se debería vivir. O bien se piensa en el carisma como una gracia recibida y bien vivida solo en el pasado, por quienes nos han precedido, por los fundadores y los santos, y nos sentimos indignos de unos padres tan perfectos. Quizá sería más útil y fecundo si comprendiésemos el carisma de nuestra vocación como unidad, es decir, como lugar de comunión fraterna al que Dios nos llama a pertenecer. El carisma es la "gran familia", la comunidad de personas, a la que somos confiados por el Espíritu Santo para seguir a Jesucristo. Entonces, somos fieles a nuestro carisma si somos fieles a la unidad entre nosotros en Cristo, una unidad que es gracia del Espíritu. En esto cada familia refleja y encarna el misterio de la Iglesia: "La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma" (Hch 4,32).

Entonces comprendemos que lo que se nos pide para continuar y difundir la experiencia del Capítulo General es primeramente la fidelidad a la unidad entre nosotros que Dios nos da y nos pide.

Esta tarea prioritaria no nos encierra en nosotros mismos. En efecto, veo que las comunidades que están más unidas, no solo formalmente en la superficie, sino en la comunión en Cristo, son también las más misioneras, las más irradiantes. En esto se refleja ciertamente el infinito misterio de la Trinidad en el que "vivimos, nos movemos y existimos" (Hch 17,28). No hay unidad más concentrada y al mismo tiempo más irradiante que la de las Tres Personas divinas. Este misterio se reproduce en nosotros y entre nosotros a través de la gracia.

Acoger la gracia de la unidad irradiante de la caridad es la tarea más grande de nuestra vocación cristiana y monástica. Una comunidad dividida, una Orden dividida, una Iglesia dividida, se hacen más opacas, menos luminosas, menos fecundas en el servir y amar a la humanidad.

De este modo, que el Jubileo de la Misericordia comience pocas semanas después del Capítulo es la gran oportunidad que nos ofrece la Iglesia de profundizar en esta experiencia. Cultivar la comunión entre nosotros, en las comunidades y entre las comunidades, es la tarea que se nos pide para no faltar a la gracia que Dios desea difundir en nosotros y a través de nosotros.

### **La responsabilidad de la reconciliación**

En efecto, la misericordia de Dios se refleja en el mundo humano precisamente a través de la unidad que crea entre las personas. La Divina Misericordia resplandece en la reconciliación entre los hombres. El padre de la parábola que acoge al hijo perdido que vuelve a él, reúne enseguida a todos para compartir su alegría de volver a abrazar al hijo, pero sobre todo no tiene paz hasta que el hijo perdido y vuelto a encontrar no se reconcilie con su hermano mayor (cfr. Lc 15,22-24.28-32). También el hijo que se creía justo debe entender que su fidelidad al padre no llega a su término hasta que no se reconcilie con el hermano. No se es fiel a Dios si no se es fiel a su misericordia. Nuestra fidelidad es formal y triste si no contempla el corazón del Padre y no lo sigue hasta el abrazo con cada hermano, con cada hermana, que Él espera, busca, acoge, con amor infinito.

Todas las palabras y las parábolas de Cristo sobre la misericordia de Dios nos reclaman la responsabilidad de la reconciliación, de la unidad con los hermanos y hermanas que Él ama como nos ama a nosotros. La reconciliación es, en el fondo, la única exigencia de la misericordia de Dios, el único “precio” de la gracia infinita del Padre.

“Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”, nos hace rezar Jesús en su oración al Padre (Mt 6,12).

“Siervo malvado, yo te he perdonado toda la deuda porque me lo has pedido. ¿No tenías también tú que haber tenido compasión de tu compañero, así como yo he tenido compasión de ti?” (Mt 18,32-33)

“Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso” (Lc 6,36).

La misericordia que perdona la deuda del hermano es la gran responsabilidad del cristiano, la gran responsabilidad con respecto al amor del Padre, manifestado en el Hijo muerto y resucitado por nosotros y en el don del Espíritu Paráclito que purifica, renueva y da vida a nuestros corazones de pecadores. Ser *misericordiosos como el Padre*, que es el gran tema del Jubileo, es en el fondo la única tarea del cristiano, la única misión, la única vocación a la que nuestra libertad está llamada a decir sí en cada encuentro, en cada circunstancia. Todo lo demás es consecuencia, todo lo demás no es más que gracia que brota y se irradia de esta fuente.

Ser misericordiosos con los demás, como lo es Dios con nosotros, quiere decir sencillamente permitir a la gracia que se nos ha dado correr a través de nosotros hacia los demás. Y cuanto más transmitimos la gracia, más la recibimos; cuanto más sale de nosotros hacia los hermanos, más entra en nosotros desde el Padre.

### **La "puerta santa" del monasterio**

Quizá olvidamos con frecuencia que la tarea fundamental que nos pide san Benito para vivir nuestra vocación es justamente la misericordia que constantemente reconcilia a los miembros de la comunidad. En efecto, la Regla comienza abriendo la puerta del monasterio al hijo pródigo que vuelve a la casa del Padre bueno: "Escucha, hijo, estos preceptos de un maestro, abre el oído de tu corazón, acoge con gusto esta exhortación de un piadoso padre y ponla en práctica, para que por tu obediencia laboriosa retournes a Dios, del que te habías alejado por tu indolente desobediencia." (RB Pról. 1-2)

Entrando en el monasterio, como cuando entramos en la Iglesia por el bautismo, nos encontramos en la Casa del Padre que nos vuelve a acoger con alegría infinita, perdonándonos todo y restituyéndonos la gracia de ser hijos de Dios en Cristo por el Espíritu Santo. Entrados en esta casa, nos encontramos rodeados de hermanos y hermanas que viven la misma experiencia. Con ellos se nos da y se nos pide hacer un camino para llegar a ser perfectos en la misericordia, como el Padre. Un camino que a veces es difícil, porque requiere crecer en la humildad que desarma poco a poco nuestro orgullo, nuestra sed de dominio, de afirmación de nosotros mismos. La energía que alimenta este camino es la esperanza que acoge siempre de nuevo de Dios la misericordia solicitada por nuestra miseria y por la de los hermanos y hermanas.

Por esto, san Benito pone el culmen de los instrumentos de santificación, que enumera en el capítulo 4 de la Regla, la confianza sin límites en la misericordia: "¡Jamás desesperar de la misericordia de Dios!" (RB 4,74). Nos pide esto inmediatamente después de haber pedido "reconciliarse (*in pacem redire*) antes de acabar el día con quien se haya tenido alguna discordia" (4,73). La confianza en la misericordia de Dios alimenta nuestra misericordia recíproca, por esto tampoco podemos poner límites a nuestra capacidad de reconciliación, porque tiene una fuente inagotable en la caridad de Dios.

Esta es la tarea esencial de todo cristiano y, especialmente, de todo monje y monja en su comunidad. Una tarea que es misionera, porque hace de nuestras comunidades un signo y un instrumento del milagro de la reconciliación, el gran milagro que el Padre misericordioso urge realizar hoy más que nunca en el mundo humano.

### **No anteponer nada a la misericordia**

Bajo esta luz, cada comunidad debería considerar su modo de vivir, de estar unida, así como los instrumentos que la Regla de san Benito y nuestros padres y madres cistercienses nos ofrecen para contemplar y vivir la Divina Misericordia. Quisiera que este año nos ayudásemos especialmente en esto.

Un Año Jubilar es una ocasión privilegiada para renovar nuestra concentración sobre aquello a lo que nos hemos consagrado esencialmente en nuestra vida y vocación, haciendo un poco de “ayuno” de tantas ocupaciones y preocupaciones que conceden demasiado espacio, en nuestro corazón y en nuestro tiempo, a lo que no es de verdad esencial para nosotros, para nuestras comunidades, pero tampoco para la Iglesia y para el mundo.

La verdadera conversión consiste en concentrarse sobre lo que nos salva de verdad. ¿Y qué nos salva sino la misericordia de Cristo que nos reconcilia con el Padre, con los demás, con nosotros mismos, con toda la creación, con toda la realidad? Con frecuencia, las comunidades y sus superiores están muy ocupados en solucionar tantos problemas, ciertamente reales, pero no prioritarios. Con este Año Santo, el Papa Francisco nos pide poner en el centro de nuestra atención y de nuestra tarea de conversión y misionera, la acogida y el testimonio de la misericordia de Dios – “Misericordiosos como el Padre” – y con esto nos hace entrar en el corazón de nuestra vocación, en el corazón del carisma de san Benito, de san Bernardo, de santa Gertrudis, de todos los santos de los que somos hijos y herederos. El Jubileo nos introduce en el corazón de nuestra vocación, y, por lo tanto, en la fuente de nuestra verdadera alegría, que no puede ser diferente de la alegría del Padre de perdonar y reunir a todos sus hijos.

Esta es la alegría de la Navidad, porque Jesús ha nacido para esto, como para esto ha vivido, muerto y resucitado. Pidamos a María, “Madre de la Misericordia”, que cada noche y en todo lugar invocamos con la *Salve Regina*, esta alegría de la reconciliación en la Divina Misericordia, entre nosotros y con todos ¡y sea este nuestro deseo de Navidad extensivo a todo el Año Santo!

Vuestro,

A handwritten signature in black ink, reading "Mauro-Giuseppe Lepori O.Cist.", written in a cursive style.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori*  
*Abad General OCist*